

Los soldaditos del narcotráfico en Rosario. Construcciones discursivas y prácticas de gobierno

The “soldaditos del narcotráfico ” (little soldiers of drug trafficking) in Rosario. Discursive constructions and governance practices

Ivonne Laus¹

Facultad de Psicología

Universidad Nacional de Rosario

Argentina

Resumen

Detrás de una supuesta argentinización, y más estrictamente una *rosarini-* *zación*² del *mundo narco*, se levanta un curioso y prolijo recorte en torno a la figura de los denominados “*soldaditos del narcotráfico*”. Su relativamente reciente puesta en relieve, interpela a una problematización rigurosa de las condiciones que hacen posible su existencia, no tanto física como política y discursiva.

La criminalización de la infancia, tanto como la infantilización de la criminalidad constituyen aspectos de nuestra inquietante actualidad, y se ponen en juego en la configuración compleja y estratégica de múltiples formas de ilegalismos, entre ellos el narcotráfico y sus propias relaciones de dominación, sometimientos y jerarquías. Pero, siguiendo el pensamiento de Michel Foucault, cualquier práctica de gobierno de los otros, aún bajo coacción, necesita suponer un *sujeto libre* que se comprometa a ser lo que afirma ser.

¿Es posible romper el naturalizado binomio *víctima-victimario* para pensar

¹ Doctora por la Facultad de Ciencias de la Educación, de la Universidad de Granada. Contacto: lausivonne@hotmail.com

² Neologismo que hace referencia a la estigmatización que la ciudad de Rosario padece actualmente respecto a la problemática del narcotráfico.

la construcción social, mediática y política, en definitiva, la construcción discursiva de los denominados *soldaditos narco*, hoy, en Rosario?

Desentrañar las redes de poder inmanentes a esta compleja figura, sitiada por doquier, y poner en evidencia algunas de sus condiciones de existencia en la ciudad, a través de la prensa escrita, es la propuesta fundamental de este trabajo.

Palabras clave: Soldaditos, narcotráfico, infancia, gobierno, criminalidad.

Abstract

Behind an alleged argentinization, or strictly speaking a “*rosarinización*”³, of the “*narco world*” there is a curious and tidy outline around the figure of the so-called “*soldaditos del narcotráfico*”. Its relatively recent renown challenges a rigorous problematization of the conditions that enable its existence, not only physical but also political and discursive.

The criminalization of infancy, as well as the infantilization of crime, are aspects of our disturbing reality and are put into play in the complex and strategic configuration of multiple forms of lawlessness, such as drug trafficking and its own relations of domination, subjugation and hierarchy. However, as Michel Foucault (2014) asserts, any governance practice of the others, even under coercion, needs to assume a free subject who commits to be what he asserts to be.

Is it possible to break the naturalized binomial “victim-offender” so as to think the social, media and political construction, in other words, the discursive construction of the so-called “*soldaditosnarco*” in Rosario?

To unravel the power webs inherent to this complex figure, besieged everywhere, and to put into evidence some of its conditions of existence in the city through the press is the central proposal of this work.

Keywords: “*Soldaditos*”, drug trafficking, infancy, governance, crime.

“...el soldado se ha convertido en algo que se fabrica; de una pasta informe, de un cuerpo inepto, se ha hecho la máquina que se necesitaba...”
(Foucault: 1999-a, 139)

Introducción

Los interrogantes en torno a la problemática sobre los denominados *soldaditos* del narcotráfico en Rosario, se plantean como aspectos de una investigación más amplia, que propone indagar las *Biopolíticas y actualidad. Producción discursiva en la prensa escrita argentina* (PID 2014, cód. 1PS1299)⁴.

³ Neologism that makes reference to the stigmatization that is currently suffering Rosario City as regards drug trafficking.

⁴ En términos generales, tal como queda planteado en el Proyecto de investigación, las *Biopolíticas*

Interrogantes a partir de los cuales se intenta aportar algunas herramientas de índole conceptual, históricas y políticas para el análisis y puesta en discusión de un término propio del discurso bélico, no obstante *soldado* a la adolescencia y a la infancia.

La criminalización de la infancia, tanto como la infantilización de la criminalidad constituyen aspectos de nuestra inquietante actualidad, y se ponen en juego en la configuración estratégica de múltiples formas de ilegalismos, entre ellos el narcotráfico y sus propias relaciones de dominación, sometimientos y jerarquías. Pero, como afirma Michel Foucault (2014) cualquier práctica de gobierno de los otros, aún bajo coacción, necesita suponer un *sujeto libre* que se comprometa a ser lo que afirma ser.

Ante la complejidad de la problemática, se explica el recorte de una figura relativamente reciente en la historia autóctona de Argentina, adherida a la infancia no sólo por el grado de vulnerabilidad que le es inmanente, ni siquiera porque dicha vulnerabilidad se vea potenciada por las condiciones de la pobreza y de la indigencia. Hay, a la vez, algo del orden del *sí mismo* materializado en un cuerpo armado, encerrado, incinerado, oculto, baleado y, en cierta forma, estaqueado por una domesticación que no es unidireccional.

Toda una actitud financiera que acarrea con todo un ejército de cuerpos *dóviles*, cuya definición Michel Foucault señala claramente: “Es dócil un cuerpo que puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser transformado y perfeccionado” (1999-a, p. 140). Ante esto, ¿es posible dar ruptura al naturalizado binomio *víctima-victimario* para pensar la construcción social, mediática y política, en definitiva la construcción discursiva de los denominados *soldaditos narco*, hoy, en Rosario?

I. Construcciones discursivas: el relieve mediático de la figura del *soldadito*

Durante el transcurso de los últimos dos años, quien se proponga un recorrido por la prensa escrita local, nacional e internacional, sin duda encontrará numerosas notas, publicaciones, investigaciones periodísticas, etc., acerca del *mundo narco* y su argentinización, o más aún su supuesta *rosarinización*⁵.

Lo curioso en ese rastreo y en la mediática construcción de este mapa es el prolijo recorte que se levanta detrás de esta compleja figura, sitiada por doquier. Su puesta en relieve, lejos de constituir un tema de moda, interpe-

aluden a una constelación de discursos, tecnologías y procedimientos que tienden a convertir la vida de los seres humanos en un medio por el cual el Estado pretende alcanzar sus propósitos de gobernabilidad. En los vaivenes del mapa sociopolítico de la época, las Biopolíticas se expanden en el tejido social atravesando un sinfín de problemáticas: sexualidades, saludes, infancias, pobreza, juventudes, integraciones, enfermedades, criminalidades, inseguridades, etc.

⁵ Neologismo que hace referencia a la ciudad de Rosario, provincia de Santa Fe, para indicar la estigmatización que la misma padece en cuanto a la problemática del narcotráfico.

la a una problematización rigurosa de las condiciones que hacen posible su existencia, no tanto física como política y discursiva.

La situación específica de Rosario, su carácter estrictamente actual, establece una serie de cuestionamientos no sólo en cuanto a qué sucede con respecto a la formación, la existencia y la multiplicación de esta figura, sino cómo se cuenta y qué se dice que sucede en la prensa escrita; es decir, de qué manera esa formación, esa existencia y esa multiplicación se ponen de relieve a través de los medios, mediante el *comentario*. Como si esta figura ocupara al mismo tiempo la primera línea de batalla en un territorio a la vez geográfico y mediático.

Si se trata de una determinada construcción discursiva; dicho concepto requiere para su materialización y puesta en circulación de ciertos principios o procedimientos que tienen por función, según Michel Foucault, controlar los discursos. El de *comentario*, junto con otros procedimientos “internos” tales como el de *autor* y el de *disciplina*, juegan “un tanto en calidad de principios de clasificación, de ordenación, de distribución”, destinados a dominar la dimensión del discurso de “lo que acontece y del azar” (Foucault, 1999-b, p. 25)

El comentario conjura el azar del discurso al tenerlo en cuenta: permite decir otra cosa aparte del texto mismo, pero con la condición de que sea ese mismo texto el que se diga, y en cierta forma, el que se realice⁶. La multiplicidad abierta y el azar son transferidos, por el principio de comentario, de aquello que podría ser dicho, sobre el número, la forma, la máscara, la circunstancia de la repetición. Lo nuevo no está en lo que se dice, sino en el acontecimiento de su retorno (Foucault: 1999-b, 29)

Pero los discursos, con sus azares y sus peligros y aún con sus procedimientos de control, no quedan reducidos a lo que se dice, sino que son “instrumento y efecto mismo de marañas epocales del poder y del saber. Sus juegos estratégicos, polémicos, inestables, heterogéneos se anudan a Verdades que operan como modelo y modelos que ofician como Verdad” (Emmanuele: 2012, 16)

El énfasis mediático, especialmente de la prensa gráfica -local, nacional e internacional- puesto en la figura del *soldadito*, curiosamente difiere del que existe sobre los denominados “soldados del narcotráfico”. Cualquier búsqueda doméstica en las redes cibernéticas arrojará como resultado una veintena de noticias y artículos periodísticos continuos que hacen referencia a la ciudad de Rosario, estrechando la vinculación del *soldadito* y la ciudad. Cuando, en cambio, el enunciado no recurre al diminutivo, la variedad de páginas web llamativamente se diversifica haciendo referencia

⁶ El subrayado es nuestro.

principalmente a “niños-soldado”, a las denominadas *Maras*, a la guerra del narcotráfico a nivel mundial sin excluir la situación argentina que no obstante, se refiere entre otras, tales como la mexicana o colombiana, etc.

Efectivamente, a diferencia de lo que internacionalmente se denomina “niños-soldados”⁷; la infancia y adolescencia rosarina involucrada con la comercialización de las drogas adquiere -al menos para los medios gráficos de comunicación- una especificidad que al mismo tiempo que la distingue, contribuye a su particularización.

Se denomina *soldadito* a niños, niñas y adolescentes que custodian los llamados *bunkers* o *quioscos*, armados o no, y que generalmente se ven involucrados en la parte más violenta del negocio de las drogas. Los *bunkers* son construcciones de material, cerradas, donde se fraccionan sustancias ilegales para su comercialización. El *soldadito*, encerrado en el *bunker* desde dentro o desde fuera, se dedica al cuidado y a la venta de la droga.

Desde hace aproximadamente dos años, algunos titulares de periódicos locales, nacionales e internacionales, se configuran como verdaderos espacios por donde circula la materialidad discursiva, es decir, episodios, acontecimientos, documentos, enunciados y visibilidades que sujetan, subjetivan, exceden al hablante y también lo callan. Entre ellos, se destacan algunos tales como:

- *Bunkers de droga en Rosario: la historia de un sobreviviente* (Rosario 3, 31-12-2012)
- *Guerra narco en Rosario: reclutan “chicos-soldados” por \$150 por día* (La Nación, Argentina, 20-01-2013)
- *Argentina. Las redes de la droga reclutan menores. ‘Narcosoldaditos’: cuando la pistola sustituye al monopatín.* (Diario El Mundo, España, 01-02-2013)
- *Búnkers, soldaditos y una misma realidad* (La Voz, Córdoba, 03-02-2013)
- *Quiosco de drogas y soldaditos en un humilde barrio del oeste rosarino* (El Ciudadano, Rosario, 12-11-2013)
- *Rosario, ciudad de búnkeres y soldaditos* (El País, España, 22-03-2014)
- *Narcosoldaditos, la niñez consumida* (Revista Nan, Argentina, 28-03-2014)
- *Piden investigar si los “soldaditos” de Rosario son víctimas de trata* (Infojus noticias, Argentina, 19-04-2014)
- *Un informe oficial reveló que en los búnkers de droga sólo trabajan niños* (La Capital, Rosario, 26-04-2014)

⁷ Los Principios de Ciudad del Cabo, adoptados por UNICEF en 1997 establecen una definición para el concepto “niño soldado”, que se aplica para “toda persona menor de 18 años que forme parte de cualquier fuerza o grupo armado, regular o irregular, con independencia de las labores que desempeñe; por ejemplo y sin que la enumeración sea taxativa, labores de cocinero, recadero, mensajero y toda persona menor de 18 años que acompañe a esas fuerzas o grupos cuando ello no sea en condición de familiar”.

- Rosario: caen los pibes que atienden el búnker (Cosecha Roja, Argentina, 29-04-2014)
- Trata de niños: la proliferación de 'soldaditos' (Sin Mordaza, Santa Fe, 11-07-2014)
- Entraderas: ¿los soldaditos de ayer son los ladrones de hoy? (Rosario 3, 27-08-2014)
- Rosario: detienen a 150 "soldaditos" por trabajar en búnkeres narco (ARG Noticias, Argentina, 21-09-2014)

El recorte y relieve mediático sobre la figura del soldadito conlleva una naturalización que contribuye a visibilizar sólo los efectos de toda una maquinaria de criminalización de la infancia. Maquinaria que acude a una doble jerarquización: Interna, en el caso específico del narcotráfico, a partir de la cual la figura del soldadito toma el lugar más bajo de la pirámide, siendo no obstante la suya, una función rentada y además identificatoria de su ejercicio, con o sin su arma de fuego, pero sobre todo con ella. Y una jerarquización que en contraposición se podría denominar externa, una jerarquización social, un lugar de reconocimiento en la ciudad, aunque sea para repudiarlo.

Para el negocio del narcotráfico, cuyas entrañas están en el consumo, el discurso bélico es un aliado, y el dispositivo de la guerra una condición necesaria para su despliegue y proliferación. Las tácticas de guerra son ante todo en este caso un exabrupto del mercado, una hipérbole, propiciada por la violencia como estrategia. Condición esencial para el reclutamiento de sus *comerciantes*, esos *infantes* en la doble acepción de niños-soldados.

En los discursos sociales contemporáneos, la figura del menor responsable de un acto criminal se inscribe en los procedimientos de normalización de la sociedad porque, capturado en las redes de poder que lo sujetan, el *menor* toma lugar en el entramado social como producto de una racionalidad gubernamental que lo habilita a la delincuencia, puesto que es el lugar que *debe* o que *puede* ocupar.

La doble jerarquización recientemente mencionada, es inmanente a procesos de subjetivación y socialización que, en tanto "formas de ser impuestas por el dispositivo", se oponen a lo que Michel Foucault denomina *estetización*, entendiendo por esta última "la transformación de sí por uno mismo" (como se citó en Veyne, 2004, p. 66)

II. Prácticas de Gobierno: la no unidireccionalidad de las condiciones de posibilidad de la figura del soldadito

Existe, detrás de la figura del soldadito del narcotráfico, todo un disciplinamiento y jerarquización que no proviene sólo de la organización criminal inmanente al tráfico de drogas, cualquiera sea el sistema de jerarquías, y a quien sea que él deba obediencia.

Si bien en un primer acercamiento, se podría sostener la hipótesis que establece que el mundo del narcotráfico es un mundo de algún modo paralelo, separado del despliegue cotidiano de una ciudad, con sus propio sistema de reglas, de obediencias, de domesticaciones, de jerarquías, de sometimientos, etc.; es necesario reconocer que existen puntos de intercambio y de relevo, no sólo mediante los cuales se interfieren y se vinculan sino que un universo hace de condición de posibilidad del otro, y viceversa. La existencia brutal de la silueta del soldadito es un umbral entre esos dos mundos, algo así como la *costa* de un territorio, en tanto ésta es agua y tierra al mismo tiempo sin ser estrictamente ninguna de las dos cosas. El soldado en tanto tal, está compuesto por ambos *universos*, el del narcotráfico y el de la ciudad.

En un escenario que excede los barrios marginales, el narcotráfico y sus negocios profundamente vinculados al tráfico de armas, a la trata de personas, a la prostitución y fundamentalmente al lavado de dinero, los aprovecha a bajo precio como puntos estratégicos. Tanto como al dispositivo financiero, político, policial y jurídico de connivencias; configurando un mapa o un tablero que no puede prescindir de sus peones. Sólo ellos, al decir de Foucault, “se colocan en las casillas peligrosas, las grandes ganancias tienen vía libre” (como se citó en Droit, 2008, p. 55)

Este autor, en su obra *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*, se remite al soldado para ejemplificar la estrecha vinculación que el poder disciplinario encuentra entre la docilidad de un cuerpo y su utilidad.

el soldado se ha convertido en algo que se fabrica; de una pasta informe, de un cuerpo inepto, se ha hecho la máquina que se necesitaba (...) lentamente, una coacción calculada recorre cada parte del cuerpo, lo domina, pliega el conjunto, lo vuelve perpetuamente disponible... (Foucault, 1999-a, p. 139).

Llegando a ser las disciplinas, desde los siglos XVII y XVIII, “unas formas generales de dominación” cuyo momento histórico coincide con el nacimiento de un arte del cuerpo humano, que no tiende únicamente al aumento de sus habilidades, ni tampoco a hacer más pesada su sujeción, sino a la formación de un vínculo que, en el mismo mecanismo, lo hace tanto más obediente cuanto más útil, y al revés. Pero las disciplinas son claramente distintas a otras formas de dominación tales como estas:

La **esclavitud**, puesto que no se fundan en una relación de apropiación de los cuerpos, es incluso elegancia de la disciplina prescindir de esa relación costosa y violenta. Distinta también de la **domesticidad** que es una relación de dominación constante, global, masiva, no analítica, ilimitada y establecida bajo la forma de la voluntad singular del amo, de su “capricho”. Distinta del **vasallaje**, que es una relación de sumisión extremadamente

codificada que atañe menos a las relaciones del cuerpo que a los productos del trabajo. Distintas también del **ascetismo** y de las disciplinas de tipo monástico, que tienen por función garantizar renunciaciones más que aumentos de utilidad y, que si bien implican la obediencia a otro, tienen como objeto principal un aumento del dominio de cada cual sobre su propio cuerpo (Foucault, 1999-a)

Si bien el disciplinamiento constituye una forma de poder que surge con el advenimiento de la gran industrialización occidental y el despliegue del capitalismo; su blanco -esto es, el cuerpo individual, la transformación de sus fuerzas, sus aptitudes, sus gestos, sus comportamientos, etc.- persiste en la actual sociedad de consumo, donde la relación utilidad-docilidad, propia de la sociedad disciplinaria, es incesantemente renovada y sofisticada.

Ahora bien, en esta actualidad ¿cómo colabora la ciudad en el disciplinamiento del *soldadito* del narcotráfico, cuál es la extracción de utilidad de ese cuerpo aparentemente indócil? ¿Por qué se advierte que no se trata simplemente de una relación de esclavitud, de vasallaje, etc.?

Como punto de partida, se sabe que la transformación de niño a soldado es útil y altamente funcional a las organizaciones criminales como las del narcotráfico, pero ¿por qué lo sería para la ciudad?

La noción de *peligrosidad* constituye ese engranaje y reviste la vinculación entre los ilegalismos y los discursos legitimados en la ciudad; discursos de verdad, cuyos efectos de poder permiten la hegemonización de determinadas prácticas de gobierno; entendiendo al gobierno en el sentido lato, al decir de Foucault (2014), como el modo de formar, transformar y dirigir la conducta de los individuos.

La peligrosidad, esto es, la probabilidad de que un individuo sea peligroso, consiste en una virtualidad asociada no a lo que efectivamente se ejecuta sino a lo que alguien podría llegar a hacer. La peligrosidad está asociada así a los “motivos” que, en ciertas infancias, constituirían una especie de vía regia hacia una diversidad de funciones delictivas, como si se tratase de una propiedad intrínseca al individuo. La sujeción a la criminalidad se explica entonces más por los motivos y las condiciones, que por lo que el sujeto hace realmente en su ejercicio delictivo.

La relación utilidad-docilidad se renueva mediante estas estrategias discursivas, en las cuales la niñez y la adolescencia aparecen en sí mismas como fases vulnerables por definición y donde, además, esa vulnerabilidad es fácilmente equiparable a la docilidad. No obstante estas cualidades, lejos de configurar estados naturales, dados o heredados, son efectos de construcciones histórico-políticas y socio-económicas que, por las estrategias antes mencionadas, han quedado fuertemente asociadas a la infancia. Por otro lado, es sabido que dicha vulnerabilidad no está erigida, o no solamente, por las organizaciones criminales propias del narcotráfico.

La criminalización de la infancia, asociada a la marginalidad y su com-

pleja y multidimensional procedencia, se inscribe en este marco problemático e instala en su otra cara, un interrogante en torno a los procedimientos de victimización que, con la intención de rescatar a niños, niñas y adolescentes involucrados en el negocio del tráfico de drogas, tropiezan, en el otro extremo de una misma lógica, con el riesgo de una infantilización de la criminalidad.

La peligrosidad, la mentada inseguridad y la delincuencia misma, tienen en la sociedad argentina y en la ciudad de Rosario, una funcionalidad que es más positiva cuanto más aceptable son los dispositivos para su propia defensa. Así, en lugar de someter la delincuencia a un proceso de des-jerarquización; el precio de asegurarse es el de hacer proliferar un medio delincuente.

A la vez, el acto performativo propio de diversos discursos mediáticos y estrictamente políticos, erige una ciudad estigmatizada y en apariencia dispuesta a la propagación de los ilegalismos vinculados al narcotráfico. Las condiciones de existencia de los denominados soldaditos en Rosario, requieren de todos estos entrecruzamientos sin reducirse a ninguno de ellos.

Es precisamente el encabalgamiento de estos procedimientos colectivos y ciertas transformaciones subjetivas, lo que convierte las condiciones precarias de existencia en una existencia precaria en sí misma, una existencia mínima y en cierta forma provisoria. Y lo que tiene de provisoria es a partir del juego perpetuo y ágil que se establece entre la vida y la muerte de los chicos-soldados, quedando en evidencia el trasfondo de esta sujeción.

Por otro lado, la condena social a la infancia criminalizada constituye una forma de “*guerra social*, una relación con el enemigo, con *ellos*” que, según Zizek (2008), sería propia de una política que recurre al modelo bélico.

Se sabe que la marginalidad social y la absolutización de la pobreza son decisiones históricas, siempre ideológicas, asociadas a lógicas de la economía política, donde *la pobreza* como sustantivo, como enunciado vacío no dice prácticamente nada. Es *nuestra pobreza* autóctona, marginal, territorial o territorializada, fabricada, la que viabiliza la producción de territorios en cuyos pliegues la subjetividad se funda y se provoca. Los pibes-soldado son condenados en su propio territorio, donde la marginalidad constituye -en términos deleuzianos- todo un *adentro*. En este sentido, las políticas públicas destinadas a la denominada *inclusión social*, no constituyen más que una tautología.

Es precisamente la pobreza o más estrictamente la marginalidad lo que, en nuestro sistema penal actual, parece venir a ocupar el lugar que otrora ocupó la locura. Una forma de locura que adquirió en el siglo XIX la denominación de *monomanía homicida* y que configuró durante medio siglo, la absolución penal por excelencia. Pues esta especie de locura sólo se manifestaba como crimen, en tanto que la psiquiatría de forma exclusiva tenía la facultad de percibirla y diagnosticarla, no habiendo más sintomatología que la de matar y de manera monstruosa (Foucault, 2000)

La psiquiatría, anudada a la medicina desde el momento que objetiva a la locura como patológica y ligada -mediante esa patologización- a la Justicia; aporta a las técnicas de transformación individual de la época sus saberes y poderes configurando lo que será un íntimo parentesco entre la locura, la delincuencia y la pobreza; en boga en nuestra actualidad (Laus, 2013, p. 56).

El riesgo inmanente a la dicotomía víctima-victimario, plantea un tipo de vulnerabilidad asociada a la marginalidad y, paradójicamente, a la criminalización de la pobreza, por medio de una ecuación que establece un sujeto que en tanto más vulnerable, más marginal y, en tanto más marginal, curiosamente más punible. Así, la marginalidad y las condiciones intrínsecas de la pobreza, terminan explicando por sí mismas y de manera exclusiva un tipo de subjetividad -diagnosticada, objetivada, peritada, etc.- asociada estrechamente al delito; por ejemplo el de pertenecer, aunque sea en la más baja jerarquía, a una determinada organización criminal. Toda una técnica de transformación individual que inaugura un circuito delictivo difícil de resistir o de fisurar.

Si la mencionada noción de *monomanía homicida* desaparece a mediados del siglo XIX, lo que precisamente se erige en su lugar es el concepto de peligrosidad asociado, ahora sí, a su portador. En su nombre, se concede a la sociedad -al Estado, a la ciudad, a los organismos de protección de derechos, etc.- el derecho sobre el individuo “a partir de lo que él es”. Lo que él es “por naturaleza, en razón de su constitución, de sus rasgos de carácter”, etc. “Se constituye así una justicia -dirá Foucault (1996, p. 177)- que tiende a ejercerse sobre lo que se es”.

Los jueces sienten cada vez más la necesidad de creer que juzgan a un hombre tal y como es y por lo que es (...) Cuando un hombre llega ante los jueces exclusivamente con sus crímenes, cuando no tiene otra cosa que decir, cuando no concede al tribunal la gracia de revelar algo así como el secreto de sí mismo, entonces... (Foucault, 1996, 178)

Los puntos suspensivos, que dejan abierto el final del texto de Michel Foucault, remiten a una transformación crucial del discurso jurídico que se abre en torno al *sí mismo*, al secreto, a lo que se es, y a su revelación. El juego entre el *sí mismo* y el gobierno de los otros complejiza, desvirtúa y entrama el binomio víctima-victimario en relaciones de poder que instalan al *soldadito del narcotráfico* en un orden distinto: el de las construcciones discursivas y las prácticas de gobierno.

Conclusiones

El *ser-soldadito* se afirma en una subjetivación a partir de la cual la apuesta a otra estética de la existencia cae en la trampa de la sujeción, pues -parafraseando a Paul Veyne- él, no *quiere* ser soldado, *tiene* que serlo. No obs-

tante, se compromete con aquello que afirma ser y, en ese punto, aún bajo coacción, es libre y *dice la verdad* acerca de sí mismo.

Foucault persigue ese *decir veraz* en una genealogía de la *confesión*, que lleva a cabo en distintos momentos de su obra pero esencialmente en un texto de reciente publicación, titulado “Obrar mal, decir la verdad. La función de la confesión en la justicia” (2014), donde lo novedoso del planteamiento radica en el hecho de que para confesar y para que la confesión tenga efectos terapéuticos, jurídicos, etc., el sujeto tiene que suponerse libre. Pues de lo que se trata es de “una especie de compromiso muy particular: no obliga a hacer tal o cual cosa; implica que quien habla se comprometa a ser lo que afirma ser, y precisamente porque lo es”.

Pero la confesión, “a la vez que vincula al sujeto a lo que afirma, lo califica de otro modo respecto de lo que dice: criminal, pero capaz de arrepentirse; enamorado, pero declarado; enfermo, pero ya lo bastante consciente (...) para que pueda trabajar en su propia curación” (Foucault: 2014, 26).

Así, la confesión viene a constituirse en un acto verbal mediante el cual el sujeto plantea una afirmación sobre lo que él es, por lo cual queda vinculado con esa verdad, se pone en una relación de dependencia o sumisión respecto de otro y modifica a la vez la relación que tiene consigo mismo (Foucault, 2014).

La puesta en uso de la función de la confesión así entendida, en la formación de la categoría de soldaditos no equivale a confirmar que ellos mismos -en tanto sujetos- dejen de estar atados a la voluntad de otro que los manda, que los extorsiona, que los explota, que los emplea, que de alguna manera también los *salva*, en el sentido vulgar de la palabra. Sino que ese vínculo, ese lazo, “está cada vez más determinado o mezclado con una verdad y un discurso de verdad que él, el sujeto, se ve en la necesidad de tener sobre sí mismo” (Foucault, 2014, p. 27)

Se trata en definitiva de pensar las condiciones de existencia de los llamados soldaditos, dentro de lo que Foucault (2014, p. 33) denomina “Tecnologías del sujeto”, haciendo referencia a “las técnicas mediante las cuales el individuo se ve inducido, sea de por sí, sea con la ayuda o bajo la dirección de otro, a transformarse y modificar su relación consigo mismo”.

Al ligar masivamente el hecho del ser-soldadito -y al enunciarlo como tal- a las condiciones de existencia propias de la infancia y la adolescencia, más la marginalidad y la vulnerabilidad que le son inmanentes; probablemente no se haga más que cometer el exceso de vincular *riesgo* y criminalidad. Es preciso advertirlo, pues de lo contrario, aunque se admita que el niño o adolescente enlazado a los negocios criminales del narcotráfico no es culpable, es inimputable o es víctima, etc.; por ese mismo motivo -por ser víctima de algo como la denominada vulnerabilidad social- será res-

pensable, ya que su mera existencia es creadora de riesgo; esto es, está en peligro y es potencialmente peligrosa.

Ante tales proposiciones, existe la posibilidad de una estética del *soldadito* que no necesariamente es efecto de una sumisión obligada por las circunstancias de la marginalidad, etc. sino, en términos de Zizek (2008), un rechazo de la sumisión que le ha sido asignada por la sociedad. Es en ese sentido que el autor recurre a una argumentación mediante la figura ejemplar del *skinhead* que agrade a los inmigrantes. Dice Zizek:

Si el skinhead se viera obligado a explicar las razones de su violencia -y fuera capaz de articular una mínima reflexión teórica-, se pondría a hablar inopinadamente como un trabajador social, un sociólogo o un psicólogo social, y a mencionar la crisis de la movilidad social, la creciente inseguridad, el derrumbe de la autoridad paterna, la falta de amor materno en su tierna infancia... nos ofrecería, en definitiva, una explicación psico-sociológica más o menos plausible de su comportamiento, una explicación como las que gustan a los liberales ilustrados, deseosos de 'comprender' a los jóvenes violentos como trágicas víctimas de las condiciones sociales y familiares. Queda así invertida la clásica fórmula ilustrada que, desde Platón, viene concediendo eficacia a la "crítica de la ideología" ("Lo hacen porque no saben lo que hacen", es decir, el conocimiento es en sí mismo liberador; si el sujeto errado reflexiona, dejará de errar): el skinhead violento "sabe muy bien lo que hace, pero no por eso deja de hacerlo". El conocimiento simbólicamente eficaz, radicado en la práctica social del sujeto se disuelve, por un lado, en una desmedida violencia "irracional" carente de fundamento ideológico-político y, por otro, en una reflexión impotente y externa al sujeto, que no consigue modificar las acciones del sujeto (Zizek, 2008, p. 12)

La verdadera lucha política, agregará más adelante, "consiste en la lucha paralela por conseguir hacer oír la propia voz y que sea reconocida como la voz de un **interlocutor legítimo**⁸. Probablemente corresponda a esta época y a esta sociedad, pensar *qué líneas de fuga* (Deleuze, 1998; Guattari, 2014) podrían abrir los niños y adolescentes convertidos a soldaditos, para emanciparse de lo que son, de lo que les ha sido impuesto por los dispositivos vigentes y alcanzar una transformación de sí, por sí mismos.

Contra la más feroz de las sujeciones, se debería trabajar en un devenir a otra estética de la existencia, otra estética de la infancia y de la adolescencia. Pero tal cosa no dependerá de individuos aislados ni agrupados en torno a conseguir algo así como "el bien de los otros". Muy por el contrario -siguiendo los planteos de Zizek- la tolerancia debería ponerse rigurosamente bajo sospecha para construir en cambio, mapas estratégicos por

⁸ El subrayado es nuestro

donde derribar primero las evidencias y advertir luego -pero provocara la vez- transformaciones, ya no individuales, sino estrictamente discursivas que traigan aparejadas nuevas formas de ver y de enunciar pero también de nombrar y de *ser*.

Referencias

1. Deleuze, G. (1998). Qué es un dispositivo. En: AAVV *Michel Foucault, filósofo*, 2° ed. Barcelona, España: Gedisa,
2. Droit, R. (2008). 'Soy un artificiero'. A propósito del método y la trayectoria de Michel Foucault. En: *Entrevistas con Michel Foucault*. Buenos Aires: Paidós.
3. Emmanuele, E. (2012). *Los Discursos que nos hablan*. Buenos Aires: Entreideas.
4. Foucault, M. (1996). *La vida de los hombres infames*. La Plata: Altamira.
5. Foucault, M. (1999-a). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
6. Foucault, M. (1999-b). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
7. Foucault, M. (2000). *Los anormales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
8. Foucault, M. (2014). *Obrar mal, decir la verdad. La función de la confesión en la justicia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
9. Guattari, F. (2013). *Líneas de Fuga*. Buenos Aires: Cactus.
10. Laus, I. (2013). Pobreza en Argentina. Objetivaciones, subjetivaciones y fugas. *Revista Sujeto, Subjetividad y Cultura*, 2013(5), 52-58.
11. Veyne, P. (2004). Un arqueólogo escéptico. En: Eribon, D. (comp.) *El infrecuente Michel Foucault*. Buenos Aires: Letra Viva.
12. Zizek, S. (2008). *En defensa de la intolerancia*, Madrid: Sequitur.

Recibido: 29 de septiembre de 2014

Aceptado: 21 de noviembre de 2014